

## II. La transformación de la libertad (1M-3M)

El *Castillo Interior* presenta una historia de amor con dos protagonistas<sup>1</sup>, hasta que uno de ellos quede esculpido en el otro (V 40,5). Este tema ya lo había tratado anteriormente la autora; así el *Castillo Interior*, siendo la obra más objetiva de la Santa, completa los estilos autobiográfico de *Vida* y pedagógico de *Camino*<sup>2</sup>.

El *Libro de la Vida* tiene un estilo narrativo y coloquial, desvelando una rica subjetividad y engolosinando al lector. En *Moradas* la autora tampoco logra desprenderse totalmente de su humanidad; pero su experiencia vital se entremezcla con el dato teológico. El *Castillo Interior* presenta una iniciación cristiana de corte antropológico, en las tres primeras moradas, y una profundización más teológica en las cuatro últimas. Pero el recorrido desvela una pedagogía del desarrollo creyente, con un estilo coloquial<sup>3</sup>.

El padre Gracián había pedido que completara su magisterio espiritual; la Madre se debatía entre el mandato, los temores a las controversias y la necesidad de comunicar. Obediencia y fino deseo son pretextos para ejercer fidelidad a un amor recibido. Teresa no puede callar; por encima de los conflictos externos y de las limitaciones cor-

<sup>1</sup> Cf. *Concordancias* 112-118.

<sup>2</sup> El final de *Vida* tiene relación con el principio y final de *Moradas* (V 40,5; 1M 2,3; 7M 2,10); Cf. S. CIEZKOWSKA, *Teresa d'Avila educatrice. Lettura del "Cammino di perfezione" in chiave pedagogico-spirituale*, Dotto-rato in Teologia Spirituale, Pontificia Università Gregoriana, Roma 2009, inédita.

<sup>3</sup> Cf. G. MANCINI, *Tradición y Originalidad en el lenguaje coloquial tere-siano: Actas*, 479-494.

porales, se desvive por dar a entender “la operación de amor” (6M 2,3). La obra de Dios suele acontecer en circunstancias adversas<sup>4</sup>.

La redacción se inicia el día 2 de junio de 1577 en Toledo (4M 2,1; Pról.3), fiesta de la Santísima Trinidad (4M 2,1; Pról.3). Durante el mes de julio escribe otras 19 páginas correspondientes (4M 2,3-5M 1,3). Por asuntos jurídicos del monasterio de san José se traslada a Ávila. En noviembre, tras “casi cinco meses” (5M 4,19), escribió las 65 hojas restantes, desde 5M 4 hasta el final. La autora concluye el manuscrito original el 29 de noviembre de 1577, contemplando con soltura lo que acontece en cada morada. En algunos momentos incurre en regresiones, pero cumple con la intencionalidad real: dar a conocer la bondad infinita de Dios en el centro de la criatura, creada por su bondad y ennoblecida por Su presencia (7M epíl.3). Pero igualmente, defiende la oración como medio privilegiado para la comunión con Dios<sup>5</sup>.

La Madre Teresa terminará la obra contenta (M conclusión 1) y satisfecha: ha enseñado el secreto mejor guardado paseándose por el castillo de su alma. La merecida alegría nace de sentirse mistagoga y testigo del Misterio, invitando a sus lectoras a entrar con ánimo y determinación. El libro conforma un itinerario mistagógico, a modo de experiencia de inmersión en la realidad del Misterio.

En este capítulo de 1M se invita al morador a contemplar la auto-donación de Dios y a dejarse afectar por la alteridad del don en el ámbito de su libertad.

<sup>4</sup> Cf. *Transcripción* 239-266; J. V. RODRÍGUEZ, *Castillo interior o Las Moradas*: ILST 466-481.

<sup>5</sup> El autógrafo fue entregado al monasterio Santa Teresa de las Carmelitas Descalzas de Sevilla por don Pedro Cerezo Pardo como parte de la dote de su hija Catalina el 6 de octubre de 1618. Existen once copias del autógrafo: cuatro en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 6.734; 9.767, 1.069 y 3.488); copia en las Carmelitas Descalzas de Córdoba; copia de la Biblioteca de la Universidad civil o literaria de Salamanca (Ms. 449); copia parcial en el Archivo de las Carmelitas Descalzas de Valladolid; copia en el Archivo silviano de Burgos; copia del Archivo de la catedral de Córdoba (Ms. 149, folios 87v-137r); y dos copias en las Carmelitas Descalzas de Palencia; cf. J. V. RODRÍGUEZ, *Teresa de Jesús. Castillo Interior o Las Moradas*: ILST 473-477.

## 1. LA DIGNIDAD PERSONAL Y EL RECONOCIMIENTO DEL DON RECIBIDO (1M)

El morador es introducido a partir de la dignidad que alberga su propia estructura personal. El sujeto queda cautivado en sus mejores deseos y activa la libertad en búsqueda de Dios y de la verdad de sí mismo. La Santa irá llevando al lector a ser señor de sí, pasando del desorden afectivo a la disponibilidad de amar y servir en todo (F 26,2). A tal efecto, invitará al morador a sumergirse en la consistencia de sí mismo y en la dignidad que le caracteriza como persona amada, pero tendrá que acostumbrarse simultáneamente a la educación de la propia libertad y a la acogida de la gracia donada.

### 1. 1 *La experiencia de la dignidad personal*

La dignidad original de la persona se oculta en los deseos y temores, necesidades y tendencias en desorden y sin orientación. Dicho de otra manera, la persona es más que ella misma. El despertar a la dignidad encuentra su explicación antropológica en tarea responsable e inalienable de ser persona, y en la llamada a un amor personal que le trasciende, pero que todavía no sabe muy bien identificar. Una lectura posterior dará razón de esta dialéctica<sup>6</sup>.

El itinerario se inicia con la progresiva conciencia de lo que significa y aporta la luz de la *imago Dei* (1M 1,1). El reconocimiento del sí mismo y la presencia de la gracia configuran una dialéctica que afecta al centro de la conciencia (1M 1,3). Nuestra protagonista aborda el *Castillo Interior* a partir del valor de la persona y de la pregunta por Dios, y sitúa al morador en su propia realidad de itinerante hacia un amor mayor. Este personalismo teocéntrico es el punto de arranque del *Castillo Interior*. Antropocentrismo y teocentrismo se dan de la mano: la dignidad, valor, hermosura y belleza de la persona, y el reconocimiento de la presencia, grandeza y soberanía de Dios sobresalen en esta dialéctica de partida (1M 1,4; 2,8).

El camino requiere de un acto supremo de libertad y de la decisión de tomar la vida en las propias manos con la sublime tarea de

<sup>6</sup> “Que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal [...] adonde dice Él tiene sus deleites. [...], para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima”: 1M 1,1.

hacerse persona. El morador toma conciencia de la dispersión e inconsciencia en la que vive; pero podrá evolucionar en las moradas del castillo con autenticidad y magnanimidad, con el optimismo y la luminosidad de sus orígenes: por una parte, se considera valioso y digno (imagen de Dios y capaz de Él); por otra, Dios despliega gracia y plenitud de amor dándole el ser (V 40,59). La *imago Dei* refleja la belleza y de la grandeza y misterio del ser personal, a modo de sol resplandeciente (1M 2,3). La visión positiva de la persona es contrastada con su realidad indigente y pecadora.

Existen muchas entradas, pero todas ellas esconden fuertes resistencias en el misterio frágil de la persona (1M 2,12). El camino espiritual normalmente requiere una transformación con talante pedagógico; este proceso, si bien encuentra en la libertad humana la capacidad de iniciarlo, corresponde a la gracia encauzar el verdadero camino (1M 1,6).

Al sujeto morador no se le exige una conducta moral determinada; se le pide ser consciente de su situación y determinarse en libertad. El camino comienza a partir del cambio de visión de sí mismo y de la vida, por un viraje de perspectiva hacia lo propio y lo original, en la encrucijada en la que se encuentra y activando la nostalgia constitutiva a su ser personal.

En la cumbre de vida espiritual, la Santa ha experimentado que la persona ha sido hecha para llevar a cabo la imagen creatural y para disfrutar de la comunión con la Trinidad, a modo de paraíso (1M 1,1), porque además ha sido redimida por la sangre de Jesucristo (1M 2,4). La persona introducida en *Moradas* crece desde una doble dinámica: la interioridad que despierta las mejores potencialidades y la llamada interna que provoca el misterio que la habita.

## 1. 2 *El aprendizaje de la interioridad*

La interioridad pertenece tanto a la tradición espiritual como a la cultura antropocéntrica actual (GS 14); los términos de Teresa referidos a la interioridad (interior, hondón, tuétano, morada), reflejan la importancia de este centro unificador de la persona. El proceso oracional de Teresa, y el camino espiritual que de ella emerge, desarrolla y genera una interioridad rica y vital, donde ocurren las cosas más secretas en el camino hacia el centro donde está Dios y “las mismas

aguas vivas de la vida” (1M 2,1). La atracción que ejerce este Señor con su amor, y la luz que se desprende de su presencia, desencadenan un ensanchamiento de este centro más secreto del morador (1M 2,17-18).

La interioridad requiere aprendizaje y entrenamiento; pero también debe ser examinada e iluminada. Sirviéndonos de conceptos antropológicos de nuestra época, nos referiremos a tres aspectos complementarios de la interioridad en 1M, en consonancia con el pensamiento y reflexión de nuestra autora: la autoconciencia y el conocimiento propio, la biografía y la pertenencia a un contexto social y cultural<sup>7</sup>.

La autoconciencia y el conocimiento de sí conforman la primera dinámica integradora de la interioridad. La importancia del conocimiento propio radica en la adquisición de la autonomía afectiva para dinamizar el proceso de la presencia de Dios y de la incorporación de todo aquello que existencialmente va configurando la vida de la persona; sin embargo, cuando es inconsciente, vive tullida, parálitica y en “gran peligro”, aunque tenga buenos deseos. Este socratismo teresiano<sup>8</sup> comparte su importancia con las ciencias antropológicas en el proceso humano de la realización de la persona.

El autoconocimiento requiere humildad y “vivir en verdad”. El conocimiento en Teresa está en función de la introducción en el Misterio y su finalidad es la de disponer a la persona para el encuentro con una alteridad mayor que ella misma. Saber “qué cosa somos” (1M 1,2) es importante (V 13,15); el propio conocimiento no debe cesar nunca “por subidas que estéis en los cielos” (1M 2,9). El exterior del castillo hace referencia a la enajenación de la identidad, del propio hogar y de la recta orientación; en él reina la oscuridad tenebrosa, desorden de los afectos (1M 1,5-6; V 2,2-3), sin saber “qué hay

<sup>7</sup> Cf. M. GALCERÁN - A. ROIG - J. OTÓN, *Interioridad*, en J. M. BAUTISTA, *10 palabras clave sobre pastoral con jóvenes*, Estella 2008, 23-39; J. GARCÍA DE CASTRO, *Interioridad, experiencia, teología*, en G. URÍBARRI, *Contexto y nueva evangelización*, Madrid 2003, 139-143; J. MCLEAN, *Hacia la unión mística. Comentario del Castillo Interior de Santa Teresa de Ávila*, Burgos, 2005, 111-123; A. MAS ARRONDO, *Acercar el cielo. Itinerario espiritual de Santa Teresa de Jesús*, Santander 2004, 53-54.

<sup>8</sup> Cf. T. ÁLVAREZ, *Alma*: DST 34; Ib. *Comentarios al “Castillo Interior” de Santa Teresa de Jesús*, Burgos 2011, 32-34.

en aquel tan precioso lugar ni quién está dentro ni aún qué piezas tiene” (1M 1,5).

La biografía reconciliada constituye un elemento regenerador y constituye la mediación privilegiada para iniciar el camino mistagógico de la experiencia de Dios. La fe judeo-cristina está unida a la historia y al conjunto de experiencias vitales en las que Dios expresa su voluntad salvífica. La cosmovisión cristiana se nutre de la Revelación y de la fe: “mirando Su grandeza [...] y mirando Su limpieza” (1M 1,9).

La pertenencia a un contexto socio-cultural confiere dignidad y sentido de pertenencia al grupo al que pertenece el sujeto, con una simbología compartida y cosmovisión heredada. El morador ahora necesita afianzarse en la pertenencia al contexto particular de *Moradas*. Si bien el sujeto llega a 1M con una estructura social y cultural que le hace consistente en el mundo, el espíritu del *Castillo Interior* le va a proporcionar ciertas modificaciones de sus sistemas de apoyo, para afrontar el itinerario y hacer frente a sus retos. El morador tendrá que hacer pronto una opción significativa: poner los ojos “en el centro” (1M 2,7).

El aprendizaje de la interioridad nos acompañará a lo largo de *Moradas*. La fe necesita de la interioridad para anidar en lo más íntimo de la persona, pudiendo afirmar que esta es el ámbito antropológico propio de la vida teologal.

### 1. 3 La pedagogía de la oración

La oración es el proyecto vital y río subterráneo de Teresa, experiencia de amistad con Aquel que sabemos nos ama (V 8,5). El recorrido del *Castillo Interior* trata de “cosas de oración” en la historia de amor con Dios. La oración no tiene método, sino es proceso de aprendizaje y descubrimiento al mismo tiempo del itinerario en varias etapas<sup>9</sup>. La oración en clave de relación confiere al autógrafo una pedagogía peculiar, completando el magisterio de *Vida y Camino*. En 1M se destacan tres cuestiones iniciales: la relación, la consideración

<sup>9</sup> Cf. S. CASTRO, *Ser cristiano según Santa Teresa: teología y espiritualidad*, Madrid <sup>2</sup>1985, 61-86; M. HERRÁIZ, *La oración, historia de amistad*, Madrid <sup>5</sup>1995, 79-99.

y la determinación, y el ejercicio del método de la oración vocal y mental.

El aprendizaje de la relación tiene su sabiduría. El conocimiento propio posibilita una relación desde el mundo personal y el ejercicio afectivo del corazón; adquiere su mayor verdad cuando se conoce al Rey del castillo y cuál es la vinculación posible y real. El ejercicio relacional requiere la presencia del yo y el reconocimiento del que se desvela como originante en la desmedida de Su iniciativa amorosa.

Evidentemente, la oración es requisito indispensable para iniciar el tránsito al centro del castillo. La oración se presenta como itinerario de transformación a partir de la relación con Dios (1M 1,6), afectando al centro del ser personal. Orar es exponerse a la comunicación e iniciativa de Dios. A tal efecto, se harán necesarios el diálogo y la conversación, el silencio y recogimiento activo<sup>10</sup>. Dios comienza a despertar al morador y a darle medios para “andar estas moradas, arriba y abajo y a los lados” (1M 2,8).

Teresa matizará la determinación de la libertad: “querer estar en tan buena compañía” (V 8,6) y “tratar a solas con Dios” constituye un acto de libertad más allá de los resultados, distracciones y sequedades. Pero, sin duda alguna, la gratificación inicial de la relación suele suscitar buenos deseos e ideales nobles a favor del camino iniciado. Este despertar afectivo moviliza una generosidad inicial. El camino oracional se inicia y se consolida con la fe débil y oscura en el sujeto, pero viva y actuante al estilo de Dios: “Porque [...] la puerta para entrar en este castillo es la oración y la consideración” (1M 1,1).

Teresa previene de las oraciones largas y penosas y recomienda oraciones sencillas, sobre todo, el *Paternóster* y *Avemaría*. La oración vocal y mental no se pueden separar<sup>11</sup> (1M 1,7). La oración mental se encamina a entender las verdades relativas a los protagonistas de la oración (C 25,3;22,8) y es actividad reflexiva sobre los contenidos de la oración vocal: la creación (V 9,5), los hechos salvíficos, la persona de Jesús y sus misterios, etc. Las verdades de fe se guardan en el corazón mediante el recogimiento, la reflexión y la acogida. Pe-

<sup>10</sup> Cf. M. HERRÁIZ, *La oración...*, 86; cf. Ib. *Sólo Dios Basta*, Madrid 2000, 219.

<sup>11</sup> Cf. V 1,5-6; 8; 11-13; 19,10-13; 1M 1,7; 4M 1,4,6; C 16,3,5; 21,3; 22,3; 24-26.

ro será la relación interpersonal quien acabará de producir el fruto del “juntamiento”.

Para la Santa, las virtudes cristianas y la adquisición de los valores se consolidan en la oración; pero advierte que resulta dura y árida en los comienzos (C 17,3). Sin embargo, habría que diferenciar entre condicionamientos humanos y actitudes que impiden la relación en clave de gratuidad (1M 2,17), como la soberbia y la autosuficiencia. El remedio será la humildad y poner los ojos en Cristo (1M 2,11).

El tránsito de la dispersión al centramiento, del desorden afectivo a la adecuada orientación de la voluntad, someten al morador a una ascesis, determinación y método adecuado. Por parte de Dios ya se ha iniciado la relación a niveles no perceptibles. Si bien en este primer momento Teresa aconseja la oración vocal (1M 1,7)<sup>12</sup>, en otros escritos había recomendado el uso de buenas lecturas, la contemplación de la naturaleza, la liturgia y el recurso de las imágenes religiosas (V 9,5; R 1,11).

#### *1. 4 Discernimiento de 1M: verdad, humildad y práctica del amor*

El camino “no tiene término” (7M 1,4). El principiante deberá conocer las acciones salvíficas de Dios; en este conocimiento salvífico (6M 11,1) Dios se hace presente y se da a conocer. La Santa afirma que es importante no errar el camino, sino construir sobre roca firme; para ello señala tres actitudes y disposiciones básicas: la búsqueda de la verdad, el aprendizaje de la humildad y la práctica del amor. La teología y la antropología se integran<sup>13</sup>.

El discernimiento de la verdad era pasión en Teresa (1M 1,1); su experiencia vital y mensaje (V 40,4)<sup>14</sup> se sienta “en verdad”. Teresa es refractaria a la mentira: Dios es la verdad (V 13,16; 40,1; C

<sup>12</sup> Cf. V 1,6; Cp 35,3; 37,3; 65,3; A. MAS ARRONDO, *Acercar el cielo...*, 44-47; D. DE PABLO MAROTO, *Teresa en oración: historia – experiencia – doctrina*, Madrid 2004, 328-334; T. EGIDO, *Teresa de Jesús. Escritos para el lector de hoy*, Madrid 2009, 229-234.

<sup>13</sup> Cf. M. HERRÁIZ, *Discernimiento espiritual en Teresa y Juan de la Cruz: Frontera-Hegian* 64 (2008) 9.

<sup>14</sup> Cf. D. DE PABLO MAROTO, *Los caminos de la verdad en Santa Teresa de Jesús: Vida Sobrenatural* 64 (1984) 321-335.



19,15)<sup>15</sup>. Esta radical autenticidad se pone al servicio de la verdad de la Escritura y de la razón. Al mismo tiempo, la verdad tiene un móvil: el sentido trascendente de Dios y de su autoridad en el amor. La mentira, en cambio, constituye todo aquello que no va guiado al servicio de Dios (V 40,2). La verdad de Dios y de la persona constituye el primer criterio de discernimiento (1M 1,1-2).

El principiante está todavía lejos de ser humilde (1M 2,9). Es cierto que verdad y humildad forman un binomio inseparable en el conocimiento de los dones que Dios otorga (C 40,4). La humildad nos va a acompañar hacia el final; en 1M constituye una actitud personal y básica del morador. Resulta indispensable esta cita de 7M para entender el discernimiento de la humildad en *Moradas*: “Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad” (6M 10,7; cf. R 28; V 40,2-4). Así pues, este primer nivel de humildad se centra en el conocimiento de sí mismo a la luz del amor de Dios. La humildad constituye una toma de posición frente a Dios y frente a la existencia para “andar en verdad”<sup>16</sup>.

Las obras prácticas del amor constituye la regla de oro del creyente (1Jn). La caridad cristiana constituye el fruto maduro de una vida teológica consolidada; sin crecimiento en la caridad no hay certeza del buen espíritu. Al iniciado se le pide la recta intención de inclinar la voluntad a amar y la puesta en práctica, de forma decidida, del doble mandamiento del amor (1M 2,17). Las buenas obras son como arroyitos que salen de la fuente del Amor: dan frescura y buen fruto (1M 2,2).

### 1. 5 El imaginario del castillo y sus referencias bíblicas

El autógrafo gravita sobre el imaginario del *castillo*<sup>17</sup>. Esta estructura significativa permite a nuestra protagonista reconstruir un itinerario espiritual con un estilo antropológico y con una pedagogía teológica. Así, el soporte simbólico del *Castillo Interior* obedece a una ex-

<sup>15</sup> Cf. T. ÁLVAREZ, *Verdad*: DST 623; M. HERRÁIZ, *Solo Dios...*, 195.

<sup>16</sup> Cf. 1M 2,9, n.17.

<sup>17</sup> El *Castillo Interior* es uno de los cuatro símbolos mayores del magisterio de Teresa junto con el *agua*, el *gusano de seda* y los *esponsales*; cf. T. ÁLVAREZ, *Simbología teresiana*: DST 572-576.

perencia del misterio de Dios y constituye un elemento pedagógico para tal experiencia<sup>18</sup>.

La autora se adhiere a la imagen bíblica del origen creacional (1M 2,1; 2,2; 2,4; 2,5) y a las ricas aguas del árbol de la vida. Esta bella mirada se debe a la luz resplandeciente que está en el centro del alma (1M 2,3), presencia de Dios dando vida y sustento al ser personal (1M 2,2). De aquí que pidiera para ella esta “medicina del alma” emanada de las mismas llagas de Dios (P 9). La imagen, en este caso, constituye una pedagogía de impacto para que la libertad, iluminada por la verdad luminosa, se determine y “busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a este, alcance la plena y bienaventurada perfección” (GS 17).

El símbolo del “castillo” evoca el realismo de la condición creatural. El exterior del castillo es un entorno peligroso y desprotegido (1M 1,6; 2,14), reino de las tinieblas. En el exterior las potencias humanas (la voluntad afectiva, la inteligencia, la memoria) no están bajo la ausencia de la gracia (1M 2,1-2; R 24). La persona entra en el estado despersonalizante del “afuera”<sup>19</sup>; pero nada ni nadie le quitará la hermosura y dignidad del rincón misterioso protegido por su Creador (1M 1,2).

El castillo en su dimensión interna es un gran templo en el que habita el misterio de Dios; incluso el castillo representaba al monasterio, templo en el que se ora, se celebra la fe, se trabaja con amor y se vive la fraternidad; el monasterio-templo de Dios constituye el lugar en donde se hace experiencia histórica del desposorio (C 3,3; 4,7).

Cuando el lector se acerca a 1M le sorprenden las abundantes citas de la Historia de Salvación. Teresa nos ofrece una síntesis del contenido de la Revelación; el *Castillo Interior* sintoniza con el *sen-*

<sup>18</sup> Cf. F. MÁRQUEZ, *El símil del Castillo Interior; sentido y Génesis: Actas* 495-522; E. W. TRUEMAN DICKEN, *The Imagery of the Interior Castle and its Implications*: EphCarm 21 (1970) 198-218. En *Camino de Perfección* también recurre el imaginario del *castillo*: C 3,2.13; 20,1; 22;8,9; 28,6.9.11; 40,2; *Concordancias* 442.

<sup>19</sup> El “adentro” participa de la contaminación del exterior; con el morador entran “cosas malas de culebras y víboras y cosas emponzoñosas” que “no le dejan advertir a la luz” (1M 2,14).

*sus* bíblico. En 1M la autora une creación, redención y fin escatológico de la persona<sup>20</sup>.

Dios ama gratuitamente la creación y se alegra por la persona creada, quien participa de sus bienes (1M 1,1; Pr 8,31). En la persona resplandece la presencia de Dios y la vida es sostenida permanentemente por el aliento creador divino (1M 1,2; Gn 2,7). La persona en el centro de su alma es como sol luminoso y hermoso (1M 2,3; Ap 12,1). Pero sin la ayuda de la gracia redentora de Jesucristo, el morador no podrá salir de su indolencia ni obrar en caridad (1M 2,4; 1Pe 1,18; 1M 2,17; 1Jn 3,14-15; 4,20-21).

La experiencia creyente nunca se desprende de la Palabra, porque Dios se ha relacionado en y a través de ella. Así pues, Teresa nos va a conducir a lo largo de las siete moradas “como quien hubiera nacido en el país de la Biblia”<sup>21</sup>.

## 2. EL REALISMO DEL CAMINO (2M)

La autora dedica un capítulo con once apartados a 2M e inicia afirmando que hablará de “las almas que entran”; dirá poco porque ya lo ha dicho “en otras partes bien largo”; recreará lo ya dicho en V 11-13 y en C 20-26<sup>22</sup>. El iniciado se introduce en 2M con el deseo desplegado hacia Dios, pero con un marcado voluntarismo y entusiasmo.

La confrontación con la realidad constituye el talante educativo. En la breve introducción Teresa delinea la pedagogía de las 2M; por una parte “la gran guerra”, la perseverancia en el camino tomado y el acierto desde el principio; por otra, tres medios para el proceso educativo: vigilar las recaídas, confiar en la misericordia de Dios más que en uno mismo (2M 1,9) y la fidelidad a la oración. Dios se abre paso en la dramática que subyace en 2M. El peregrino toma conciencia de esta Presencia activa y real, pero en su conciencia libre y más des-

<sup>20</sup> R. LLAMAS, *Biblia en Santa Teresa*, Madrid 2007, 157-171.241-242; J. CASTELLANO CERVERA, *El entramado bíblico del Castillo Interior*: RevEsp 56 (1997) 119-142; S. CASTRO, *El entramado bíblico de las moradas teresianas*: RevEsp 274 (2010) 85-86; Ib. *El fulgor de la Palabra*, Madrid 2012, 245-310.

<sup>21</sup> Ib. 311.

<sup>22</sup> 2M 1,1, n.1 de Tomás Álvarez.

pierta entran en juego los mecanismos integradores de lo humano y espiritual: la búsqueda de la felicidad desde la satisfacción inmediata de necesidades y el discernimiento certero con la luz que Dios da a la llamada de alteridad como reciprocidad del amor recibido.

## 2. 1 *La experiencia dramática de “la gran guerra”*

Teresa describe el drama que se desencadena cuando el morador se confronta con la realidad interna y externa (2M 1,2), y afirma que “es terrible la batería que aquí dan los demonios de mil maneras”; ya había dicho en *Camino* que “encerradas peleamos por Él” (C 3,5), y que cada monasterio del Carmelo constituye un “castillo asediado”; relata la barahúnda y aflicciones de la “pobre alma”: atracción de tendencias a modo de culebras, búsqueda de contenidos y gratificaciones, la estima de sí mismo, la apropiación de amigos y familiares, o el cuidado del cuerpo (2M 1,3).

Aquí parece tiene el “demonio”, con todas sus legiones, todo ganado e impide a toda costa se continúe adelante. Estando la fe todavía muerta, dominan las costumbres y los hábitos del apetito concupiscible, especialmente la vanidad, el apego a las seducciones gratificantes del yo y la seducción del ambiente social. La fe dice una cosa y el exterior parece indicar la contraria, así “queremos más lo que vemos que lo que ella nos dice” (2M 1,5). La situación resulta ser tan incómoda que surgen mil dudas para seguir.

A los ojos de la mistagoga, la verdadera impronta de esta contienda tiene otro rostro y lectura. La fe es débil, pero llega luz para iluminar la oscura realidad: “es cosa donosa” las mil imperfecciones para que el edificio del castillo gane en firmeza (2M 1,8). Conviene no errar desde el principio (2M 1,8). No se debe dar importancia a los retrocesos momentáneos, a las “caídas” o a las salidas evasivas del castillo; “no os desaniméis”, no por eso hay que dejar de seguir; la misericordia de Dios precede, sana las mordeduras de la “víbora” y cura la carne ponzoñosa (2M 1,9). Dios tiene su pedagogía y su forma de educar y conducir, no siempre perceptible a los ojos del iniciado, quien muchas veces caerá en desánimo y confusión.

Teresa es testigo de la delicada integración de la humanidad con la gracia de Dios. Situamos las 2M en su experiencia vital entre los

20 y los 29 años, en los que se desarrolla la primera etapa de su estado religioso de entrega a Dios; la lucha interior se agudiza a partir de la tensión entre fuerzas vitales y vivas de la edad y la incoherencia con el estado asumido. La ambigüedad dejar pasar oportunidades y se hace patente en la conciencia honesta; la presencia del verdadero amor imprime la impronta de la abnegación. Esta confrontación despierta ese olfato natural que la joven Teresa tenía de lo absoluto y del ideal de la gloria y honra de Dios.

A los 29 años se le dará la mediación propicia para dar el paso a la gran determinación, con la ayuda del Barrón (V 7,17), dominico de Santo Tomás, cuando cuidaba a su padre. Teresa retoma la relación personal con Dios para nunca más dejarla a lo largo de su vida (V 7,17); y con ella la conversión a la amistad con Dios. Nuestra autora recuerda estos años como “una guerra muy penosa”, y contempla agradecida cómo la misericordia de Dios sobrepasó su merecimiento y desbordó sus deseos (V 8,2).

La relación con el Dios creador y salvador, constituye el resultado de la iniciativa de su perdón. Ahora se trata de una relación que replantea de nuevo la pregunta quién es este Dios que sale al encuentro. La persona comienza a personalizar esta pregunta cuando se siente afectada y referida de forma incuestionable a la oferta de la nueva relación con Dios. Esta profunda afección constituye una experiencia fraguada en la conciencia y se asienta en los estratos profundos de la afectividad. La relación se consolidará en el fundamento de la libertad en el amor recibido. La interioridad se abre en el horizonte de la alteridad.

## *2. 2 El nuevo horizonte de la interioridad*

La interioridad se percibe en la realidad cuando esta adquiere significación y sentido en la intersubjetividad entre el sujeto y el objeto. De ahí que sin el carácter analógico y simbólico de la realidad y de Dios, la interioridad tiene dificultades para dar el paso a la alteridad trascendente. La alteridad respecto de Dios constituye una experiencia recíproca de relación en la diferencia y libertad de Su amor. El drama de la apropiación del yo, comienza a soltarse cuando el yo acepta la diferencia y el crecimiento en el amor del Otro con la entrega de sí mismo. La propia identidad se recupera cuando se acepta

crecer desde la diferencia inquebrantable con un amor que alcanza al morador de lleno.

En 1M la interioridad se centraba en el conocimiento personal y en el conocimiento de Dios, en 2M se inicia el aprendizaje de una alteridad que se abre al *más* del Amor. Este aprendizaje obliga al sujeto iniciado a construir su fe a partir de una adecuada integración con la realidad finita y con las contrariedades de la vida. Para ello, la voluntad se ve urgida a determinarse por una respuesta incondicional al amor recibido; pero, al mismo tiempo, el amor de Dios actúa, a modo de pedagogía, para ensanchar los límites cerrados de la inmanencia radical de la subjetividad; y finalmente, la interioridad queda referida al horizonte del amor de cruz. Desde estos tres puntos de vista, *Moradas* está en sintonía con el proceso personalizador del “corazón” bíblico educado por el Espíritu de Dios (Ez 36).

Teresa deja claro que la esencia de la interioridad de este castillo lo constituye un amor que encuentra en la cruz su mejor arma para todos los combates y la referencia definitiva para todo el recorrido (2M 1,6)<sup>23</sup>. El *Castillo Interior* está escrito desde la clave cristológico-pascual y, aunque la experiencia pascual pertenece a las moradas últimas, Teresa remite a la cruz a lo largo de cada una de ellas; es más, el camino más certero y seguro “es camino de cruz” (V 20,25); recomienda abrazar la cruz desde el principio para no errar en el camino y evitar aflicciones inútiles (V 10,15; C 26,7). Esto es así porque el horizonte último del deseo está referido al don del Resucitado. Por tanto, todo lo que interviene desde el inicio del camino está en función del final.

El amor de cruz en 2M purifica la apropiación del deseo humano<sup>24</sup>. De hecho, a lo largo del camino, la cruz es criterio de fidelidad contra toda tendencia a la felicidad por caminos prometeicos. Dios sabe educar y desde esta perspectiva impacta en la subjetividad del morador con su amor y misericordia, manifestados en la pasión de Jesucristo que “murió por nuestros pecados” (1Co 15,3).

<sup>23</sup> Cf. M. IZQUIERDO, *Teresa de Jesús. Con los pies descalzos*, Madrid 2006, 117-221.

<sup>24</sup> Cf. T. ÁLVAREZ, *Cruz*: DST 185. La cruz constituye una referencia fundamental para Teresa.

### *2. 3 La convocación a una relación orante y confiada*

La oración en 1M ha construido su estructura: quién es Dios, quién es la persona y cuál la relación entre ambos, y el iniciado quedaba referido a la oración vocal y mental. En 2M el morador se enfrenta a las dificultades que ignoraba (2M 1,2); la determinación por ella constituye un acto necesario de la voluntad y la integración de las resistencias. A toda costa se requiere constancia, tiempo y dedicación disciplinada para adquirir soledad, recogimiento, configuración de la afectividad y fortaleza a la fidelidad en la relación; pero, por encima de todo, el sujeto se orienta a constituirse habitante del castillo por la convocación a una relación de amor y amistad cada vez más definida; la oración es la puerta para entrar (2M 1,11).

También la oración de 1M desarrollaba la autoconciencia del yo, el conocimiento propio y la reflexión; ahora en 2M, en cambio, la oración desarrolla y construye la relación personal con Dios en la que el morador queda implicado en niveles más hondos de su afectividad. La relación crea vínculos y lazos afectivos, que no dependen tanto de los sentimientos sino de la misma fe que se abre camino a través de la misma relación confiada, con la mirada de amor. Así, la oración comienza a crear una vinculación de amor; si bien ya se deja claro que Jesucristo es el mediador y el merecedor de las obras por la fe en Él (2M 1,11).

La fe se instaaura, hace sus aprendizajes vitales y se asienta en la persona. El converso despierta a la inmediatez de la grandeza y misericordia de Dios en su indigencia personal; la relación con Dios conlleva estos ingredientes de la experiencia bíblica: el reconocimiento del Dios creador, de su acción salvífica y de la alianza de amor que libremente establece. Así, la introducción en el misterio de Dios origina un cambio del ser, de la conducta, del sentido de la vida y de la orientación de la afectividad que supera el ámbito de la propia libertad.

Al orante de 2M se le invita a estar en compañía del “buen vecino” (2M 1,2) como creatura finita y amada; por ello, se le convoca a una relación confiada.

## 2. 4 *El acierto y tino desde el principio*

En la introducción a las 2M se advierte “cuánto conviene no errar el camino en el principio”. La verdad y la mentira van juntas; desde el principio conviene andar en verdad y no errar. Nuestra mistagoga presenta tres cuestiones: el segundo paso de la humildad (reconocimiento y consideración de la misericordia de Dios); una serie de medios que sostienen el camino del crecimiento en la relación con Dios (las buenas compañías, la dirección espiritual, la determinación y constancia); y la paz en casa propia.

La humildad en 2M da un paso más respecto de 1M. Del conocimiento de sí mismo, se pasa al reconocimiento de la persona y de la misericordia de Dios. Ciertamente hay diferencia entre conocer y reconocer; lo primero hace referencia a la centralidad del yo en el conocimiento de la realidad; lo segundo incide en la visión del propio ser desde Dios, quien da el re-conocimiento de la condición creatural y del misterio de su ser. Esta humildad libera del egocentrismo narcisista y cerrado. Para ello, “confíen en la misericordia de Dios y [...] verán cómo Su majestad le lleva de unas moradas a otras” (2M 1,9).

Teresa presenta una serie de medios que sostienen el camino en la relación con Dios: la dirección espiritual, la determinación, la constancia y las buenas compañías. Es muy conveniente adentrarse en *Moradas* y en la práctica de la oración con ayuda de personas expertas. La presencia de un buen acompañante ilumina en la verdad (V 10,8) y ayuda a desenmascarar los mecanismos engañosos. Pero en caso de no encontrar un buen consejero, se debe tener confianza en la gracia y en el único Maestro interior (V 2,6).

En todo caso, se requiere también “una gran determinación” y constancia en el camino emprendido, un sano entorno social y trato con los que ya han sido introducidos en la experiencia de Dios (2M 2,6). La comunidad no es una estructura legal, sino el ámbito donde se hace experiencia de Dios y florece la fe de la Iglesia. Teresa quedará marcada por la primera experiencia de fraternidad y de oración del monasterio de san José (F 1,1-6)<sup>25</sup>. Comunidad y persona viven en la clave convergente de la vida teologal.

<sup>25</sup> Cf. J. MURILLO, *Comunidad*: DST 149.



La paz para Teresa es también un signo y criterio de discernimiento de la experiencia de Dios (2M 1,9), porque en estas moradas “andan los golpes de artillería de manera que no lo puede el alma dejar de oír” (1M 1,3). La paz del corazón es el lenguaje consolador de Dios.

## 2. 5 Estructura simbólica y referencias bíblicas de la dramática de 2M

Las imágenes usadas están referidas al combate interior y menos a la oración. La “guerra que da el demonio” hace referencia a la realidad dramática de 2M; se trata de un combate que traspasa el nivel psicológico y se adentra en la estructura más íntima de la persona, atravesada por resistencias transcológicas en su camino de transformación en Dios.

El castillo parece estar asediado por fuerzas extrañas. Lejos de ser un castillo encantado, está atravesado por el combate espiritual. El iniciado llega a 2M con innumerables tendencias desordenadas, vicios, resistencias al verdadero amor y con la experiencia del mal y del pecado. Estas fuerzas dispersan. Así, frente a la luz y belleza del amor de Dios, emergen fuerzas misteriosas ligadas a la realidad del entorno diabólico y al poder del mal que afean la naturaleza personal y la desvían del fin para el que fue creada. Estas fuerzas son reales y asedian al iniciado. Esta hostilidad no tiene rostro en sí, pero está relacionada con el poder del mal: “baraúnda que aquí ponen los demonios” y “aflicciones de la pobre alma” (2M 1,4). El demonio y toda su corte afligen, hacen la guerra y traban batalla contra Dios y su amor. El símbolo hace referencia a la lucha y al combate que la Iglesia lleva adelante en su tarea contra las fuerzas espirituales del mal (Ef 6,12; Rm 8,38; Ap 12,7-9).

Unas veces, nuestra autora usa un lenguaje simbólico ligado a animales que se arrastran por la tierra y a la podredumbre de la carne: culebras y cosas ponzoñosas, y bestias ponzoñosas (2M 1,2-3), “salandijas” y “ponzoña” (2M 1,8.9), “víbora” (2M 1,5), etc. En otras ocasiones el texto recurre a imágenes relacionadas con el combate y la batalla militar: “negocios y contentos y baraterías del mundo” (2M 1,2), “terrible la batería” (2M 1,3), “los golpes y la artillería” (2M 1,3) y “algarabía” (2M 1,8), “embarazos” (2M 1,7). La oración en 2M

no es todavía maná (2M 1,7) regalado, ni la voluntad se conforma con facilidad a la de Dios; más bien se abre camino en las imperfecciones naturales de la persona.

La Palabra sale al paso de la comprensión del símbolo, y viceversa. En la contienda, la palabra es deleite para el creyente (Sal 19,8) y crisol para su existencia (Sal 18,31), antorcha para el camino y luz en el sendero (Sal 119), vida renovada y vivificante (Sal 119,37), reflejo de la rectitud y verdad de Yahvéh (Sal 33,4; 105,8; 68,12).

El castillo hace referencia a la casa del Padre; fuera del castillo se participa de la suerte del hijo pródigo (2M 1,4; Lc 15,16). El sujeto participa de una batalla en la que se requiere espíritu de combate como el de Gedeón (2M 1,6; Jc 7,5-6). El trabajo de 2M es parecido al de labrar la piedra para construir la casa sobre roca (2M 1,7; Mt 7, 26-27). En estas moradas el Maná no es caído del cielo (2M 1,7; Sb 16, 2), sino que el morador se ha de determinar, disponer y trabajar para conformar su voluntad a la de Dios (2M 1,8; Mt 26,39). Y hay que vigilar para no volver atrás y perderse (2M 1,9; Mt 12,45; 2P 2,20). La mirada sigue estando en la persona de Jesucristo para llegar al Padre (2M 1,11; Jn 14,6.9), que mucho le hemos costado cada uno de nosotros (2M 1,11; Jn 13,16; Mt 10,24). En 2M es necesario orar siempre para no andar en tentación (2M 1,11; Mc 14,38; Jn 16,24; Ef 6,18).

El lenguaje simbólico y la Palabra, desde la perspectiva de interacción experiencial sujeto-objeto, repercute en la afectividad. La fe se abre paso tímidamente. Sin embargo, externamente se traducirá en la disponibilidad para el amor y entrega a Dios con muchas connotaciones de protagonismo del yo; pero el que transforma es Dios mismo, acogido con una intencionalidad y presencia real cada vez mayor.

### 3. EL APRENDIZAJE DEL VERDADERO AMOR (3M)

El proceso ascético y místico conforma una unidad, aunque en distinta medida y grado. Nuestra protagonista se manifiesta limitada en el nivel antropológico, cuando entran en juego las pasiones humanas y la dinámica de la sensualidad (4M 2,5); en cambio, se siente más cómoda cuando el huerto recibe los nutrientes de la lluvia regada y cuando la morada está transida por la gracia salvadora de Dios:

“Entrad, entrad, hijas mías, en lo interior” (3M 1,6). El morador llega a las 3M en situación de destierro y de inseguridad; la santa recomienda prudencia y confianza antes de 4M. Por nuestra parte, destacamos la experiencia mistagógica, la centralidad de primer mandamiento, la relación entre oración y fe, el discernimiento de la voluntad de Dios y la orientación mistagógica de la Palabra.

### 3. 1 *La experiencia mistagógica de 3M*

Teresa mistagoga transmite la experiencia de la embriaguez de Dios y la certeza de que Él es el mayor y único bien. En esta morada parece que se está refiriendo al proceso vital de la década de los treinta, desde la muerte de su padre y la determinación por la oración a los 29 años hasta los 39 años<sup>26</sup>. Estos años están en su recuerdo como una etapa prolongada de luces y de sombras, de incertidumbres y de profundas certezas; también de autenticidad y realismo increíbles. En la medida en que pasaban los días ordinarios del monasterio, la misericordia amorosa de Dios se le hacía más presente e impactante en la sequedad del proceso oracional.

Teresa realizó un giro en su vida con el proyecto oracional de permanencia y de trabajo oculto y purificador de Dios (V 7,17). La oración es la opción; pero lo que se forja es una historia relacional de amor cargada de realismo fiel y de amistad. Teresa entra en la experiencia oracional y sólo vivirá para ella con el horizonte de “sólo Dios”. La relación viva y vital irá transformando día a día su libertad y su capacidad de amar. En estos diez años Teresa se enraíza en la existencia consolidando su personalidad en la intimidad de la oración y en el trabajo de la vida comunitaria a la luz de la oferta del amor de Dios.

“Somos amigos de contentos más que de cruz” y, por tanto, “pruébanos, tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos” (3M 1,9). La experiencia de cruz, por una parte, frustra los sanos y nobles deseos; pero, por otra, purifica, educa y prepara la libertad a la acción del Espíritu Santo en el aprendizaje del verdadero amor. Nuestra protagonista no sistematiza el camino de fundamentar la persona en Dios, para que la libertad ame y sirva con entera disponibilidad a

<sup>26</sup> Cf. T. ÁLVAREZ, *Comentarios...*, 52.

su Creador y Hacedor; pero, no cabe duda que el nuevo horizonte del deseo, fruto de la purificación de 3M, queda conformado en la disponibilidad de preferir la voluntad de Dios a otro interés vital fuera del fin último para que ha sido creado.

El amor que Dios comunica en la aridez de las 3M educa a preferir su voluntad en todo; para ello, Dios se vincula nuevamente y mueve a la persona hacia el amor de indiferencia, auténtica pedagogía de la vida teologal. De esta forma, el desasimiento configura la afectividad en el abandono y confianza; no obstante, permanecen las preferencias psico-afectivas. Con esta dinámica y con la acción paciente del Espíritu, el corazón humano, creado para el verdadero amor, aprende a vivir fundamentado en Dios y a actuar para Su gloria. La hermosa poesía de la Santa, *¿Qué mandáis hacer de mí?*, constituye la máxima expresión del amor de indiferencia para con Dios ante todos los nobles bienes.

El creyente, purificado por el Amor, descubre su verdad y la invitación al abandono amoroso. En el claroscuro de la conciencia, la libertad recibe la oferta de iniciar un proceso de asentamiento en el único amor de pertenencia, guiada por Aquel que sabe de “las verdades”.

### 3. 2 *La centralidad del primer mandamiento en la interioridad*

Las 3M propicia una profunda transformación en el ámbito de la interioridad. Dios obra en los estratos más hondos de la persona, donde corren aguas limpias de la gracia (GS 14). Teresa advierte que, si no se tiene olfato espiritual en sintonía con la Revelación y si no se despierta la luz necesaria para ver la obra de Dios, el morador puede estancarse por años en la sala de la eficacia de las buenas obras, de la ley y del orden (3M 1,4).

La propuesta constituye un cambio de mirada y de perspectiva; este giro de ruta supone un descentramiento de la estructura personal y una transformación en Dios, a partir del primer mandamiento. El trabajo de la gracia se despliega, sobre todo, en dos direcciones: noche del sentido y concentración del corazón humano hacia un único interés. Dios comienza a atraer hacia sí al morador, como el único amor. El camino se orienta hacia un aprendizaje relacional donde el yo conoce al Tú y aprende lentamente el abandono y la disposición.

La interioridad se hace sabedora de que la obra de Dios está por encima de su intencionalidad y capacidad controlables (3M 2,6).

En el camino de la concentración del corazón, el proceso espiritual abandona la dispersión de intereses y se concentra en “rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo”. La capacidad de amar se despliega en la salida del yo hacia el Tú. Si bien este aprendizaje de alteridad también ocurre en la vida ordinaria (trabajo, amor, amistad o misión), cuando se trata de la presencia de la gracia, esta toma dimensión de totalidad y exclusividad en momentos especiales de intimidad, soledad y oración.

Las 3M fraguan al morador a partir de la llamada a la existencia por el amor recibido y por la máxima de “hemos sido creados para Dios”: si Dios es el creador y hacedor de la persona humana, no puede ser cualquier cosa para ella sino su fundamento y consistencia real. La cuestión no consiste en un conocimiento racional de este principio teológico, tampoco en hacer prácticas ascéticas y méritos propios, “que todo eso no es malo”; se trata de dar cabida en la existencia al Dios vivo de la Palabra y de la alianza de amor. Teresa advierte finalmente que el camino del “joven rico” se queda a un paso para seguir adelante (3M 2,7).

Teresa prodiga en todos sus escritos el amor exclusivo a Dios y a su voluntad (C 32,1). La amistad de Dios totaliza el corazón y la vida de los “siervos del amor” (V 11,1). Desde las raíces del corazón, Dios es buscado y encontrado por el insaciable peregrino, recibiendo a manos llenas los tesoros del amor (V 11,3). Sin embargo, qué tardíos somos en darnos del todo (V 11,1; F 2,7) y entrar en la esfera del mandamiento del amor que pide la totalidad del ser: “Porque todo [...] va dirigido a este punto de darnos del todo al Creador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirmos de criaturas” (C 32,9).

El nuevo mandamiento posiciona al morador en la radicalidad de la solidaridad humana desde el mismo corazón de Dios. Para Teresa la perfección no está en los gustos o sequedades que Dios pueda dar, sino en el amor práctico de justicia y verdad (3M 2,10).

La grandeza de esta llamada radica en el descubrimiento de que el corazón humano está hecho para totalizarse en Dios y en la dinámica unificadora del amor recibido. Pero la miseria y ceguera del morador harán que el morador confunda todavía a Dios con los ídolos de sus

deseos y con la proyección de las tendencias naturales. Teresa no llega a explicar bien esta disyuntiva de 3M, que las escribe con cierto desorden, pero confía en que las dará a entender el Señor para caminar en su amor (3M 1,9; 2,11).

### 3. 3 *La alteridad afectiva de la oración*

La relación con Dios es la esencia de la oración. La afectividad es preparada para la relación en fe, esperanza y amor a través de un proceso de alteridad. El nuevo horizonte del deseo orienta la oración hacia la dinámica de la iniciativa de Dios.

La afectividad es la misma para la relación humana y para la relación con Dios. Teresa fraguó una afectividad madura a lo largo de la vida, en la relación con Dios, con el amado Maestro, con hombres (V 37,5)<sup>27</sup> y mujeres de toda condición. La pedagogía de la oración se desarrolla a partir de la clave relacional. Dios no puede quedar reducido a actos normativos. El amor de Dios encuentra en la relación interpersonal y en las experiencias de lo real las mediaciones para revelarse como don, y para ser acogido en esta nueva clave de alteridad: "... si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar" (V 10, 4.6).

La experiencia orante de 3M se caracteriza por la aridez o "vida trabajosísima" en el empeño del recogimiento activo; sin embargo, lo más valioso es la acción de la gracia que prepara el encuentro en la profundidad del morador. El orante es llevado al desierto por una misteriosa seducción (Os 2,16).

La oración vocal y mental ha preparado el corazón para la unificación activa y el ejercicio del *recogimiento adquirido*. Así, en la ausencia de gratificaciones la persona se dispone a orientar todas sus fuerzas hacia el amor a Dios y la práctica de las virtudes cristianas. Aunque el *recogimiento adquirido* no va a ser lo más determinante, Teresa da un valor grande al esfuerzo de la voluntad por la intencionalidad, la pedagogía y porque es Cristo quien mora en el centro de ese corazón voluntarioso que se determina (V 46,3).

<sup>27</sup> Cf. O. STEGGINK, *Experiencia de Dios y afectividad. ¿Cuán afectiva es la mística? y ¿cuán mística es la afectividad en Teresa de Jesús?: Actas* 1067.

La libertad y la autonomía son sometidas a la dinámica de un nuevo orden, que tiene más de dramático que de poético, porque obligará a renunciar a intereses naturales de apropiación para centrar el corazón en el dinamismo afectivo de amar al estilo de Dios: “pruébenos el Señor, que lo sabe bien hacer” (3M 1,7). La lucha entre lo carnal y espiritual, que la Palabra revela en Pablo y en Juan, encuentra ahora su significado. La introducción en el ámbito del Espíritu pone en juego un nuevo aprendizaje afectivo, donde la Ley de la Nueva Alianza se interioriza por fe y conocimiento interno.

Con la sequedad de las 3M se inicia la noche de la fe<sup>28</sup>. Los sentidos y potencias son sabiamente preparados para la experiencia de la verdad del Misterio, la vida teológica. Hasta ahora el deseo de Dios y el ideal de las virtudes que tienden al bien habían sido despertados por la invitación a entrar en *Moradas*. El deseo natural y las proyecciones de la personalidad se despliegan con facilidad en el camino de acceso a Dios y en la acción exitosa del Reino, desencadenando un sentido prometeico e ilusorio de la salvación. Pero la fe no es ni deseo, ni ideales, ni sublimación voluntariosa de la acción, es experiencia del Espíritu Santo, quien justifica, libera, salva y sana (IN 10,6; 14,1). La oración es cuestión de fe; las dificultades que el orante encuentra para ponerse en relación con su Dios y Señor son más bien condicionamientos reales, pero no pertenecen a la esencia de la oración<sup>29</sup>.

El camino de 3M puede resultar duro y difícil. La falta de los apoyos y la retirada de gratificaciones hacen peligrar la fidelidad. Encontramos numerosas recomendaciones para entender esta pedagogía de la purificación de Dios y continuar: mirada a los santos, corrección de la condición pecadora o prueba del amor que le tenemos (3M 1,6-7). El narcisismo, la concupiscencia espiritual y la inclinación oculta a la soberbia no se arreglan con terapias; se requiere la intervención del Dios viviente. Sólo el Espíritu Santo prepara la persona para el encuentro con el Creador en el Hijo humanado. El discernimiento se impone.

<sup>28</sup> Cf. L. McLEAN, *Hacia la unión mística...*, 182-197; QVD 613-623.

<sup>29</sup> M. ESTRADÉ, *En torno a la oración*, Madrid 1977, 64-65.

### 3. 4 *Los criterios de discernimiento*

La generosa determinación de 2M se torna en frustración cuando, en vez de saborear la victoria fácil, viene la prueba del verdadero amor. “Estas almas tan concertadas” (3M 1,7) hacen muchas cosas, pero todavía no se han dado a Dios. En la prueba del amor, existe el peligro de quedarse enfrascado y encerrado en el narcisismo del propio yo. Teresa pide humildad y docilidad a la acción de Dios, capacidad de abandono y entrega a Él, “que lo sabe hacer bien”, y “dejemos nuestra razón y temores en sus manos; olvidemos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho” (3M 2,8). Pero el morador tendrá que estar muy atento a resolver los conflictos pendientes que bloquean el paso al amor sin regalos (3M 1,9).

Dios se comunica como delicado “cirujano” (3M 2,6) y desenmascara los sutiles engaños de los escondrijos del morador; en la prueba severa (3M 2,1) responderá con la paz (3M 1,9). Dios tiene su pedagogía para comunicar sus verdades y “para que nos conozcamos” (3M 1,9). Esta peculiar actuación de Dios, a modo de “fuego de fundidor y lejía de lavadero” (MI 3,2) es desconcertante para el sujeto iniciado, que no entenderá todavía mucho porque está a oscuras y sin conocer bien al verdadero hacedor.

El primer aprendizaje de discernimiento corresponde al temor de Dios, el grado de humildad que se alcanza en 3M (3M 1,7; 2,6). Para Teresa el correcto temor de Dios denota el cambio de la relación con Él, amado y reconocido. En las 3M el sujeto alberga la convicción de que Dios merece ser amado, respetado, reconocido y obedecido porque es soberano y “nunca se cansa de dar” (V 19,17). Dios adquiere respeto y autoridad. Así, el temor de Dios se introduce como clave de discernimiento de 3M: “cómo conviene andar con temor”. Sin el temor de Dios<sup>30</sup> será difícil entender que Dios quiere tomar la iniciativa para darse en la plenitud y revelación del Hijo (Rm 13,5). El “*Beatus vir, qui timet Dominum*” (3M 1,4) expresa esta convicción que Teresa transmite a lo largo de esta morada (3M 1,2).

<sup>30</sup> El temor de Dios engendra sabiduría para vivir la finitud como don, la dignidad personal y la alteridad transcendente de Dios sin replegamiento. Cuando Dios se acerca a la criatura y revela su nombre, esta tiembla de agradecimiento; cf. J. GARRIDO, *El conflicto con Dios hoy*, Santander 2000, 32.



El segundo elemento de discernimiento lo forma el aprendizaje de la confianza más allá de sí: “dejemos nuestra razón y temores en sus manos” (3M 2,8). La autonomía encuentra sus propios límites y ambigüedades de estructura finita. El conocimiento de la fragilidad humana toma conciencia de las contradicciones insalvables, inherentes a la constitución finita; no basta llevar una vida “concertada”; en la persona se esconden sutiles egoísmos, soberbia del espíritu, justificación racional, arrogancia disfrazada en la caridad, posesión de méritos propios, etc. La realidad externa tampoco responde a su vocación dialógica de eternidad. El viraje que reclama las 3M sólo lo puede hacer la gracia (3M 2,1). Para Teresa todo consiste en confiar y en creer, “olvidemos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho” (3M 2,8).

El tercer criterio de discernimiento consiste en conformar y “rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo”. En 3M este criterio de la Palabra<sup>31</sup> se convierte en regla de oro. Hay momentos en los que el sinsabor y la sequedad de lo espiritual suscitan dudas sobre la certeza del camino y de la presencia de Dios<sup>32</sup>. ¡Qué iluminador resulta el criterio de vivir en obediencia lo real! En 2M se había proclamado que la mayor perfección consiste en disponerse a conformar la voluntad propia con la de Dios (2M 1,8); en 5M se volverá a decir en repetidas ocasiones (5M 3,7; 1,10.14; 3,3; 4,4.7.8). Ha llegado la hora de ejercitarse en el amor mediante la “desnudez y dejamiento” de todo deseo, y en el ejercicio de inflexión de la propia voluntad: “[...] procurar ejercitar las virtudes y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo, y que el concierto de nuestra vida sea lo que Su Majestad ordenare de ella” (3M 2,6).

La libertad adquiere dignidad cuando la voluntad se libera de la esclavitud del deseo y deviene en voluntad cautiva del amor<sup>33</sup>. Esta ordenación de la voluntad no es servidumbre o sometimiento servil a Dios, sino orientación al fin para el que ha sido creada. El morador acepta la orientación de la voluntad a amar (3M 1,5; 2,6). Así, el amor que sale al encuentro se presenta como fuente de vida y sentido

<sup>31</sup> Cf. Jn 4,34; 5,30; 6,38-40; Hb 10,7-10; Mc 3,35; Mt 7,21; 12,50; 21,31.

<sup>32</sup> Cf. 3M 1,6, n.13.

<sup>33</sup> Cf. S. CASTRO, *Ser cristiano...*, 154-156.

de todo lo que existe, posibilitador de mayor libertad. Ante esta cota de libertad, Teresa introduce signos del Espíritu (lenguaje consolador de Dios) de esta “sequedad”: “humildad y no inquietud [...], paz y conformidad” (3M 1,9).

### 3. 5 *Mistagogía de la Palabra en 3M*

Las referencias simbólicas son escasas; la Santa recurre de nuevo a la imagen de las sabandijas, ya citadas en anteriores moradas, pero la Palabra adquiere una referencia especial y dinámica mistagógica de transformación: el Espíritu Santo “todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios” (1Co 2,10-16). Sólo la luz del Espíritu Santo puede escudriñar los secretos del corazón humano y las profundidades de Dios (Jr 17,10; Mt 6,4; Rm 8,27). La Palabra refrenda el camino (Pr 8,31; 1M 1,1) de *Moradas*: “si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14,23).

El encuentro del joven rico con Jesús constituye la clave de 3M en su camino hacia las 4M. La invitación que hace el Maestro de dejar todo para ser “siervo sin provecho” (3M 1,8) y seguirle fiado de su palabra es la prueba de fuego<sup>34</sup>. El discípulo es puesto frente al amor del Maestro e invitado a darse como Él. El morador es situado en el núcleo de la fe de la revelación: fiarse de la Promesa y de la Palabra (Hb 11,1-40); y además, esta apelación se presenta como voluntad Suya: “[...] y no queramos nosotros se haga nuestra voluntad, sino la suya” (3M 2,6). Por tanto, “bienaventurado el varón” justo que toma en serio la invitación del Maestro (3M 1,1.4; Sal 112,1; Si 47,19-21; 1 Re 11,1-11).

Para Teresa el morador de 3M hace el tránsito del deseo a la fe, del ideal a la determinación de gastarse en el cumplimiento de la voluntad de Dios, hasta la muerte en palabras de Tomás: “Vamos también nosotros a morir con él”<sup>35</sup> (Jn 11,16; 3M 1,2; F 4,6-7; 7M 4,3). En este camino, el Señor pide la entrega de toda la persona (3M 1,6; Mt 19,16-22), dejando las redes como Pedro (3M 1,8; Mt 4, 18-20).

<sup>34</sup> Cf. S. CASTRO, *El fulgor...*, 259-264.

<sup>35</sup> “La frase entre paréntesis fue añadida por la Santa al margen del autógrafo”: 3M 1,2, n.4.

El morador se acostumbra a la humildad del siervo, haciendo lo que tiene que hacer en cada momento (3M 1,8; Lc 17,10).

El amor a Dios crece con la aridez y el conocimiento de su ser; la prueba es pedagogía para revelarse la alteridad y don; esta es la verdad de la prueba (3M 1,9; Sal 139,23-24), como en la pasión y cruz de Jesucristo (3M 2,5). Así el camino de morador se orienta a ordenar su libertad en el ejercicio de las virtudes que conducen al verdadero amor y a la voluntad de Dios (3M 2,6; Lc 22,42; V 9,4). La justicia de Dios (3M 2,11; V 19,9; Sal 145,17; 119,43; 137,160), el abismo de sus designios y lo inescrutable de sus caminos (3M 2,11; Rm 11,33) engendran luz y paz: “el Señor tendrá cuidado de sus almas” (3M 2,13; 1P 5,7).

Para que la subjetividad sea configurada por la alteridad de Dios en la Palabra tendrá que superar ciertos conflictos, pero también disfrutar de los dones del Amor. La Palabra se hace mediación de vida teologal y alegría del corazón, alimentando el camino mistagógico del peregrino; ella es fuente de alegría, de fortaleza y de luz (Sal 119, 105). Teresa acude a la Escritura como quien se acerca al manantial para saciar su sed, para encontrar los elementos necesarios de su anuncio gozoso, para asirse a la fortaleza que ella misma imprime, y cumplir con todas las fuerzas “la más pequeña parte” de sus verdades (V 40,2)<sup>36</sup>.

El peregrino de 3M sale airoso de la prueba proclamando la bendición de Dios en la alegría y en la fortaleza (3M 2,13). La alegría y la paz son signos del Espíritu de Dios. La presencia de Dios en la libertad de la persona engendra alegría y conformidad con la Palabra en el centro del corazón: “Porque en la Sagrada Escritura, [...] siempre hallan la verdad del buen espíritu” (V 13,17).

#### 4. CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO

Hemos expuesto en las tres primeras moradas el proceso pedagógico del despertar de la libertad. La persona anda dormida cuando está sometida a su propio y estrecho campo de visión, pero más aún

<sup>36</sup> Cf. R 3,13 [CC 4]; R 4,7 [CC 60a,7]; V 13, 16.18; 25,14; 32,17; 33,5; 34,11; F 30,1.

cuando vive en un estado de enajenación. El despertar de la somnolencia requiere un acto de conciencia personal, pero el que transforma es Dios. Cuando Dios se dona y se da a conocer, lo hace al estilo personal, en forma de palabra y de relación. La estructura de las tres primeras moradas conecta con el espíritu antropológico de la Escritura: afirmación de la dignidad y de la interioridad, capaz de Dios y sede del Espíritu. Así, al final de las 3M,

- . la calidad del amor donado fragua la persona en imagen de Dios;
- . la criatura no se comprende sin el Creador, Dios en su verdad;
- . la relación es transformante: de la dispersión a la concentración del corazón en el Amor fundante;
- . la oración es mediación y su verdad reside en la conformación con la voluntad de Dios y en el ejercicio de las virtudes en orden al verdadero amor;
- . la nueva Alianza prepara para el único Amor;
- . la interioridad, actuada por el Espíritu, actualiza la vida teologal en la unidad personal;
- . el itinerario integra las dimensiones antropológica y teológica: autoconciencia, conocimiento propio, aceptación personal, autorrealización, trabajo, solidaridad, fidelidad al estado de vida, relación con Dios, etc.

La Palabra ilumina el itinerario espiritual de *Moradas*, centra y prepara la afectividad para la configuración con Jesucristo.

A las puertas de 4M el morador se ha familiarizado con la sabiduría del itinerario y sabe situarse frente al Misterio más allá de los contenidos y los métodos. Fe y proceso irán configurando el desarrollo creyente. La pedagogía teológica de este capítulo se concentra en una transformación a partir de tres núcleos básicos: la persona, la realidad externa y la Palabra. La Revelación de Dios en la historia se ha dado en la medida de lo humano, pero traspasa el deseo y las perspectivas humanas.

La fundamentación en Dios y el proceso de discipulado constituyen los dos elementos maduros de la pedagogía divina y del proceso creyente en las moradas posteriores.